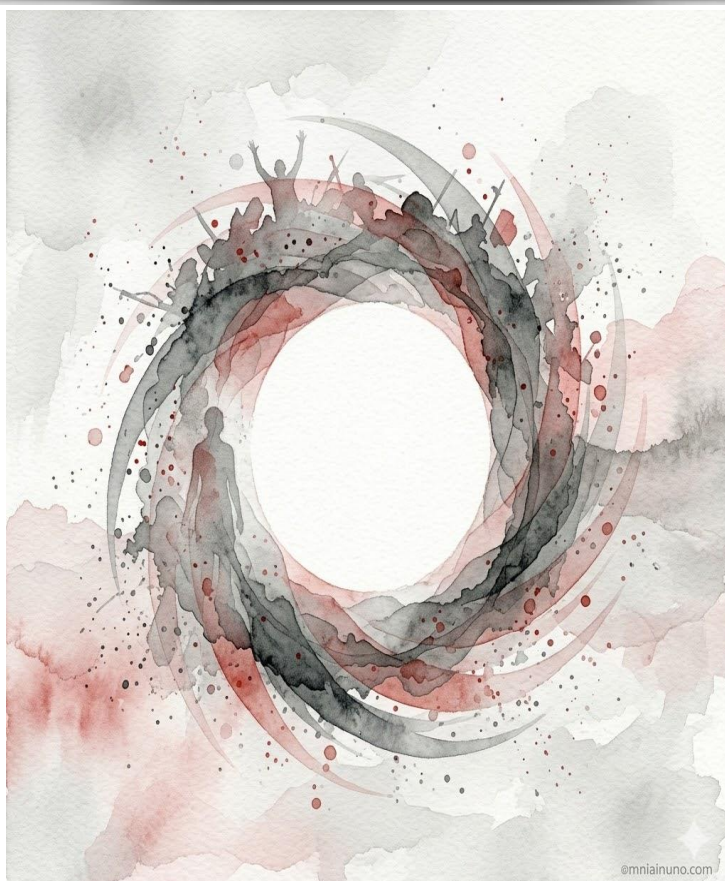


¿De verdad hay PAZ detrás de todo conflicto?

Ícaro Dedaloson



En estos días, los titulares del mundo se visten de fuego. Misiles cruzando el cielo de Oriente Medio, imágenes de explosiones en Irán, declaraciones urgentes desde Washington y Tel Aviv. Las pantallas de los teléfonos vibran sin descanso con notificaciones de guerra, y en las conversaciones de sobremesa, en los grupos de WhatsApp, en los bares y en las salas de estar, la misma pregunta flota en el ambiente como humo: ¿adónde vamos? El mundo, una vez más, parece estar al borde. Y en ese borde, la palabra “paz” suena a ironía, a nostalgia de algo que quizás nunca existió del todo.

Pero detenerse un instante antes de dejarse arrastrar por esa corriente de angustia colectiva merece la pena. Porque si se mira con calma —y eso es precisamente de lo que trata este texto—, toda guerra termina. Siempre. Sin excepción en la historia humana. Y a ese momento en que los cañones callan se le llama paz. Sin embargo, cualquiera que haya visto de cerca lo que queda después de un conflicto armado sabe que eso no es paz. Es silencio roto. Es trauma con el ruido apagado. Es miedo que aprendió a no hacer ruido. Los vencedores celebran exhaustos y los vencidos cargan con una herida que a veces dura generaciones. Eso no es paz. Es la ausencia provisional de balas.

Entonces, ¿qué es la paz? ¿Dónde vive? ¿Es posible siquiera hablar de paz mientras el mundo arde?

Para responder eso, no hay que viajar a Ginebra ni escuchar a ningún diplomático. Hay que viajar mucho más lejos. Hay que ir a una llanura polvorienta del norte de la India, a un lugar llamado Kurukshetra, donde hace miles de años ocurrió algo que los seres humanos de hoy seguimos sin terminar de comprender.

El guerrero afligido

Imagina que llevas meses preparándote para este momento. Entrenamiento, estrategia, alianzas. El día ha llegado. Estás de pie en un carro de guerra, rodeado de tu ejército, y frente a ti se extiende el ejército enemigo. Miles y miles de hombres armados. El sol de la mañana brilla sobre las lanzas. Los tambores retumban en el pecho. El aire huele a polvo y a tensión.

Eres Arjuna. El mejor arquero del mundo conocido. El guerrero que nunca tiembla.

Y entonces miras. Miras de verdad. Y en las filas enemigas comienzas a reconocer rostros.

Allí está Bhishma, tu abuelo, el hombre que te enseñó a montar a caballo cuando tenías cuatro años. Más allá, Drona, tu maestro de armas, el hombre que te convirtió en el guerrero que eres. Primos. Tíos. Amigos de la infancia. Gente que compartió contigo noches de festín y risas. Gente que amaste.

Y ahora los tienes enfrente con una orden de matar o morir.

El arco se te cae de las manos.

No es cobardía. Es algo mucho más profundo y mucho más humano. Es la comprensión súbita, visceral, de que la victoria en esta batalla no traerá nada que valga la pena. ¿Para qué un reino conquistado si está regado con la sangre de tus seres queridos? ¿Para qué la gloria si implica llorar sobre los cadáveres de quienes amabas? El gran guerrero Arjuna, el héroe invencible, cae de rodillas sobre el suelo de su carro. Le tiemblan las manos. La visión se nubla. El cuerpo no responde.

“No puedo”, le dice a Krishna, su auriga. “No puedo hacer esto.”

Y en ese momento, en ese instante de colapso total, comienza una de las conversaciones más extraordinarias que jamás se hayan registrado en la historia de la humanidad.

Lo que cualquier consejero mundano hubiera hecho en ese momento es intentar convencer a Arjuna de que la causa es justa, de que el enemigo merece ser derrotado, de que la historia recordará su valentía. Ese es el discurso con el que los líderes del mundo han mandado a millones de jóvenes a morir en todas las épocas, incluida la nuestra.

Krishna no hace eso.

Krishna no le habla de geopolítica ni de justicia social. No le recuerda los crímenes del bando contrario.

No apela a su orgullo ni a su deber patriótico. Hace algo mucho más radical: le cambia el eje desde el que está mirando toda la situación.

Le pregunta, en esencia: ¿quién crees que eres tú en todo esto?

Arjuna cree ser el guerrero que tiene que decidir si mata o no mata, si gana o pierde, si destruye a su familia o se destruye a sí mismo al abandonar su deber. Toda su angustia nace de esa identificación. Cree ser el autor de la acción, el responsable de cada consecuencia, el que carga con el peso del resultado. Y desde ese lugar, tiene razón en estar destrozado. Desde ese lugar, no hay salida posible.

Pero Krishna le revela algo que Arjuna no ha visto: que esa identidad que carga con tanto peso no es lo que verdaderamente es. Que detrás del guerrero, detrás del hijo, del sobrino, del príncipe, hay algo que no nació con él y que no morirá cuando el cuerpo muera. Algo que observa todo esto, que está presente en la alegría y en el dolor, en la victoria y en la derrota, sin ser tocado por ninguno de ellos. Una presencia pura. Una conciencia que es, simplemente, antes de cualquier historia.

Y a esa presencia, a ese testigo silencioso que todo lo sostiene sin moverse, Krishna la llama el Ser. El *Atman*. Lo que eres cuando dejas de creer que eres solo este cuerpo, esta mente, esta historia personal.

Ese es el giro que cambia todo.

Tu Kurukshetra personal

Ahora bien. Detengámonos aquí un momento y preguntémonos con honestidad: ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? Yo no estoy en ningún campo de batalla. No tengo lanza ni carro de guerra.

O quizás sí.

Piensa en la última vez que tuviste una confrontación seria con alguien que amas. Una discusión con tu pareja que escaló más de lo que esperabas.

Un conflicto con un familiar en una cena que terminó con puertas cerradas de golpe. Una decisión laboral que te enfrentó a alguien en quien confiabas. Un momento en que tuviste que elegir entre lo que creías correcto y no herir a alguien cercano.

¿Sentiste algo parecido al colapso de Arjuna? Esa tensión en el pecho. Ese nudo en el estómago. Esa voz interna que dice: “No hay salida buena. Haga lo que haga, algo se rompe.”

Ese es tu Kurukshetra. Ese es tu campo de batalla personal. Y está ahí casi todos los días, de formas grandes o pequeñas. En el trabajo, en las relaciones, en la intimidad de la propia cabeza cuando a las tres de la mañana la mente repasa todo lo que salió mal y todo lo que podría salir peor. La guerra no necesita misiles para existir. La guerra existe cada vez que la mente se ve atrapada entre lo que es y lo que cree que debería ser.

Y en ese momento, casi todos buscamos paz de la misma manera que la historia del mundo busca paz después de una guerra: esperando a que el conflicto termine. Esperando a que la discusión se resuelva, a que la situación cambie, a que el otro entienda, a que las circunstancias mejoren. Condicionamos nuestra paz al resultado. Y mientras tanto, sufrimos.

El primer entendimiento: soltar el juicio

Lo primero que Krishna hace por Arjuna no es darle respuestas. Es invitarle a ver de otra manera. Y esa otra manera comienza por un gesto que parece pequeño pero lo cambia todo: dejar de juzgar la situación como buena o mala, como justa o injusta, como ganada o perdida.

No porque la realidad sea indiferente ni porque el dolor no importe. Sino porque todo juicio nace de una comparación entre lo que es y lo que la mente quiere que sea. Y esa brecha, esa distancia entre la realidad y el deseo, es exactamente donde vive el sufrimiento.

Cuando Arjuna mira el campo de batalla y piensa “esto no debería estar pasando”, su mente está en guerra con la realidad. Y esa guerra mental es más agotadora que la guerra física. La realidad siempre gana. Siempre. Lo que es, es. Resistirlo no lo cambia; solo añade una capa de dolor sobre la situación.

Esto no significa resignarse pasivamente ni volverse indiferente. Significa algo mucho más sutil y mucho más poderoso: actuar desde la claridad en lugar de desde el miedo. Hacer lo que corresponde hacer, con la mejor intención posible, sin aferrarse desesperadamente a que el resultado sea exactamente como uno lo imagina. Eso es lo que Krishna llama actuar desde el *dharma*: desde el deber más profundo, desde la verdad más auténtica, sin que el ego ponga su firma en la acción.

Y cuando eso ocurre, cuando la acción se desvincula del resultado, aparece algo inesperado: una ligereza. Un espacio. Una primera bocanada de aire fresco en medio del humo. No es todavía la paz plena, pero es su primer susurro.

El segundo entendimiento: la presencia inmutable que Soy

Pero Krishna va más lejos. Mucho más lejos.

Le señala a Arjuna algo que está siempre ahí y que sin embargo pasa completamente desapercibido: que en medio de toda esa turbulencia, hay algo en él que no está turbado. Que mientras la mente analiza, teme, planea y se desespera, hay una presencia silenciosa que observa todo eso sin moverse. Sin temblar. Sin necesitar que nada cambie para estar completa.

Es la conciencia misma. El espacio en el que todo ocurre.

Pensemos en una pantalla de cine. Sobre ella se proyectan batallas, tragedias, amores y catástrofes. El fuego proyectado no quema la pantalla. Las lágrimas de los personajes no la mojan.

La pantalla permanece intacta, silenciosa, inalterable, antes de la primera escena, durante toda la película y después del último fotograma. No le importa lo que se proyecte sobre ella porque su naturaleza no son las imágenes sino el espacio que las recibe y las sostiene.

Nosotros somos esa pantalla.

No somos los personajes de la película, aunque durante mucho tiempo lo creamos con una convicción absoluta. Somos la conciencia que los observa. La presencia que está aquí ahora mismo, leyendo estas palabras, consciente del ruido del mundo y del silencio interior. Esa presencia no nació cuando naciste y no morirá cuando mueras. No se daña cuando la vida duele ni se hincha cuando la vida celebra. Simplemente es.

Y eso que simplemente es, eso es la Paz. No la paz que se conquista ni la paz que se negocia. No la paz que llega cuando termina la guerra. La Paz que siempre ha estado ahí, sosteniendo cada momento de conflicto, cada noche de angustia, cada batalla personal, sin moverse ni un milímetro de su lugar.

La paz que siempre ES

Volvamos por un momento a las noticias de Irán, a los titulares de guerra que inundan las pantallas estos días. Ese conflicto, como todos los conflictos de la historia, terminará. Habrá un momento en que los disparos cesen. Y al día siguiente, los periódicos hablarán de negociaciones, de acuerdos, de reconstrucción. Y a eso lo llamarán paz. Pero ya sabemos que no lo es. Es solo el intervalo entre dos tormentas.

La verdadera Paz no es el intervalo. No es el después.

La verdadera Paz es lo que hay debajo de todo eso, lo que existía antes de que la guerra comenzara y lo que seguirá existiendo cuando la última generación que la vivió haya muerto. Es el silencio que sostiene el ruido. El espacio que contiene la batalla. La presencia que observa sin ser tocada.

Y lo extraordinario, lo verdaderamente revelador, es que esa Paz no está en ningún lugar especial ni reservada para los sabios o los iluminados. Está aquí. Ahora mismo. En quien lee estas palabras, en medio de sus propias guerras cotidianas, de sus miedos no resueltos, de sus relaciones complicadas y sus decisiones difíciles.

La única razón por la que no se percibe es porque la atención está siempre puesta en la película, nunca en la pantalla. En los personajes, nunca en el espacio que los contiene.

Lo que Krishna le enseñó a Arjuna no fue cómo ganar una batalla. Le enseñó dónde mirar para que ninguna batalla, ganada o perdida, pudiera robarle lo que en realidad nunca estuvo en juego: su naturaleza más profunda. Su Ser. La Paz que no depende de ninguna circunstancia porque es anterior a todas ellas.

Lo que toda persona siempre ha querido

Hay algo curioso, casi paradójico, en la condición humana. Nos pasamos la vida en movimiento. Tomamos decisiones, construimos proyectos, defendemos ideas, buscamos relaciones, luchamos por causas. Buenas causas muchas veces. Nobles intenciones casi siempre. Y sin embargo, si se le pregunta a cualquier persona —en cualquier rincón del mundo, en cualquier idioma, en cualquier momento de la historia— qué es lo que verdaderamente quiere en la vida, la respuesta, tarde o temprano, converge en la misma palabra: paz.

No el éxito. No el dinero. No la razón ni la victoria. Paz.

Y ahí reside la trampa más antigua del mundo: creer que la paz es el premio que espera al otro lado de la acción correcta. Que si uno trabaja lo suficiente, si ama bien, si gana la batalla justa o negocia el acuerdo adecuado, entonces —por fin— llegará la paz. Que es una meta. Un destino. Algo que se alcanza.

Pero la paz nunca ha estado al otro lado de ninguna acción. Ni de las más heroicas ni de las más íntimas. Ni de las guerras entre naciones ni de las guerras interiores que cada uno libra en silencio. Ninguna acción, por perfecta que sea, conduce a la paz, del mismo modo que ningún movimiento sobre la pantalla conduce a la quietud de la pantalla misma. La quietud ya estaba ahí. Siempre estuvo.

La Paz no es el resultado de hacer. Es lo que queda cuando se deja, por un instante, de identificarse con el que hace. Cuando se suelta el personaje, cuando se afloja la historia, cuando la atención deja de correr detrás de cada pensamiento y descansa, simplemente descansa, en esa presencia silenciosa que ha estado aquí desde el principio sin pedir nada, sin necesitar nada, sin moverse hacia ningún lugar.

En ese instante de quietud total, no hay guerra posible. No porque el mundo haya cambiado. No porque los conflictos hayan desaparecido. Sino porque quien creía estar en guerra se ha disuelto en algo que nunca estuvo en guerra. Y lo que aparece en ese espacio no tiene nombre preciso, aunque la tradición que inspira este texto lo haya llamado siempre de la misma manera.

Paz.

No la paz que se conquista. No la paz que se merece. No la paz que llega después.

La Paz que eres cuando te detienes lo suficiente para contemplar, sin juicio y sin prisa, quién eres en realidad.

Eso es lo que Krishna le susurró a Arjuna en el campo de batalla de Kurukshetra. Y eso es lo que el estruendo del mundo de hoy, con toda su urgencia y todo su fuego, sigue sin poder apagar.

Tomado de <https://omniainuno.com/de-verdad-hay-paz-detras-de-todo-conflicto/9817/>